

Arroyo 24

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

196

ARROYO BLANCO

REMEMORACIÓN EN EL « CLUB NACIONAL »

MAYO 14

1897 - 1898



MONTEVIDEO

IMPRESA « EL NACIONAL », CALLE PIEDRAS NUMERO 231

1898

ARROYO BLANCO

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

ARROYO BLANCO

REMEMORACIÓN EN EL «CLUB NACIONAL»

MAYO 14

1897 - 1898



MONTEVIDEO

Imprenta EL NACIONAL, calle Piedras 231

1898

J. 319.045

10F2728.A2

ARROYO BLANCO

ARROYO BLANCO

14 DE MAYO

1897 - 1898

I

SEÑORES :

Accediendo con el mayor gusto á la galante invitación que me fué hecha por los distinguidos jóvenes que componen la comisión auxiliar del CLUB NACIONAL, con el patriótico objeto de rememorar uno de los hechos de armas de la pasada revolución, y que el esfuerzo de un puñado de valientes mandados por audaces y briosos capitanes culminó todo cálculo respecto á las proezas posibles del denuedo, propóngome en frases sencillas describiros las faces y episodios verdaderos del cruento drama que se desenvolvió en el día de hoy, ha un año transcurrido.

Las que os voy á transmitir, son impresiones per-

SALA URUGUAY

sonales de cuya sinceridad respondo; porque al hacerlo no me guía otra pasión que el amor á la verdad, condición indispensable para tratar *sine ira et studio* los sucesos que por su naturaleza y proyecciones entran al dominio de la historia, y deben ser dominados por el alto criterio de imparcialidad y justicia.

En algún error puedo incurrir, porque no considero mi memoria tan fiel que reproduzca las cosas, en las líneas que os voy á leer, de una manera tan gráfica y exacta que esté exenta de reproche por omisión ú olvido. En ese caso, estaré dispuesto á oír las rectificaciones ó enmiendas que un espíritu de rectitud y de equidad me aconseje.

No he de ser yo el que me ocupe de rectificar uno por uno los asertos de carácter oficial, ó simplemente oficiosos, que se han lanzado en el campo contrario respecto á la pasada revolución, con evidente culto de la mentira, durante largos meses de combates heróicos; ni tampoco las especies extravagantes ó calumniosas propaladas á diario en el mismo campo sobre las cosas y los hombres del opuesto, con agravio de la lógica y del sentido común.

Quede eso para la historia de estos anales, y para quien haya de escribirla con altura; pues que, según pregonaba el adagio, aunque tarde llegue la justicia, al fin llega.

A mi regreso de la campaña, durante el armisticio, recién me impuse de la publicación de algunas de las cartas que desde el campamento revolucionario dirigí á distintas personas de Buenos Aires.

La principal de ellas, escrita en Cuchilla Negra, á pocos días de la acción de Arroyo Blanco, y dirigida al señor director de *La Prensa*, apareció

en ese diario como dirigida á un miembro del comité revolucionario, apesar de mi esquila particular á dicho señor director; y á más de eso, adulterada en varios conceptos y retaceada.

Me interesaba ante todo hacer esta salvedad, porque en la adulteración aparezo diciendo del señor Lamas, lo que yo escribí respecto del señor Saravia; y en el párrafo final suprimido, se expresaba la opinión unánime del ejército sobre la única solución al problema de la guerra dentro del patriotismo y del decoro.

Debo decir también que, otras cartas con relatos de sucesos no conocidos, en los que de paso y por acto justiciero se hacían referencias á los procederes hábiles de aquel caudillo, ó de aquel militar, no vieron la luz pública, por razones que me son desconocidas, como me son desconocidos los nombres de los sujetos que se ocupaban así de hostilizar á los leales correligionarios que sostenían con las armas en los campos de batalla, lo que hablan defendido con la pluma.—El noble y arrojado Carlos Roxlo, era también víctima de estos manejos. Mucho de lo que él escribió, no llegó nunca á las columnas de la prensa.

Hecha esta aclaración, entro de lleno al fondo del asunto.

II

El ejército revolucionario se mantuvo durante los primeros días de Mayo por los campos del Coronilla y del Caraguatá; zona privilegiada por la calidad y abundancia de sus pastos, expresamente escogida para reponer las caballerías transidas por marchas penosas. El exceso de grandes

lluvias había engrosado el caudal de ríos y arroyos poniéndolos á nado; circunstancia desfavorable para tomar la ofensiva, dadas las condiciones precarias de nuestros elementos de movilidad.

Un cuerpo de ejército enemigo dominaba la frontera de Cerro-Largo, con centro en la villa de Artigas, poco antes desamparada por un trozo de infantería revolucionaria, cuyo jefe defeccionó.

Otro cuerpo se encontraba en el paso de Pereira, de Río Negro, al sur, á su vez apoyado por fuerzas considerables.

Una división de doscientos hombres de la revolución guardaba el vado por la parte norte, y favorecía la desertión frecuente del enemigo, al punto de verse cruzar más de un hombre á nado con el fusil en la nuca.

Un tercer cuerpo de ejército, superior á cuatro mil soldados, con seis piezas de artillería Krupp, á las órdenes del general Villar, se corría Yaguarí arriba, buscando formar tenazas con el primer cuerpo mencionado, y compeler nuestro reducido ejército á una pelea desigual ó á su disolución por impotencia, obligándolo á trasponer las fronteras.

Ante la inminencia del peligro, pensóse al principio marchar hasta las puntas de Carpintería y echarse al sur por Aceguá; desde que el ejército en observación en el paso de Pereira no parecía tener otro objeto que conservarse allí á la expectativa, ó á la simple caza de dispersos, en caso de un choque desgraciado para nuestras armas.

Desistióse de ese plan, y se resolvió ir en busca del adversario, que, en rigor, demoraba ya mucho en acercarse.

El ejército revolucionario ascendía en esos momentos, descontada la tropa de vanguardia y la que había quedado de servicio en el paso de

Pereira, á mil novecientos hombres, incluso doscientos sin armas. Pero su espíritu era excelente y estaba dispuesto al combate; fenómeno que se explica, apesar de la enorme diferencia del número, por la confianza ilimitada que los revolucionarios tenían en la habilidad y valor de sus jefes.

Saravia, algunas horas antes del encuentro, y acompañándole yo en esa diligencia, había comprado en una estancia cincuenta cañas de tacuara por una libra esterlina, para enastar en ellas otros tantos cuchillos, y proveer con tales lanzas á una parte de los ginetes que no las tenían; tacuaras que desempeñaron brillante papel en el drama, según ha de verse, para desmentido de generales que nunca han sido soldados del punto de vista científico, y se permiten hablar con desprecio de *caudillos de barbijo*, como de personalidades que subsisten por anacronismo y solo *maniobran en el terreno* con la rudeza salvaje del toro.

Se avanzó rumbo al enemigo; lenta y reposadamente, con bríos y con fé.

El plan de combate era sencillo: contener al enemigo por medio de un flaqueo brusco, sobre su costado izquierdo, que nos permitiera formar pivote sobre ese lado, para dejarnos libre el camino de Rivera; sobre cuya ruta, según los repetidos avisos que se recibieron, encontraríamos municiones.

El ejército revolucionario tenía únicamente mil cuarenta y tres armas de fuego, y sesenta y cinco mil cartuchos, distribuidos estos últimos en la siguiente forma: veinte tiros por soldado en la séptima división; ochenta en la primera y cuarta; setenta en la tercera; cien en la segunda; igual número en la quinta; veinte en la octava; ochenta en la novena; y una corta cantidad en la décima.

Con tan deficientes elementos de pelca, hizo su marcha en busca del gubernista, hasta traspasar el Arroyo Blanco, dejando los cerros del mismo nombre á más de cinco kilómetros á retaguardia de su ala izquierda.

Vadeado el arroyo Blanco, recibió aviso de que fuerzas enemigas se encontraban en puntas de Molles y cuchilla del Fuego, ocupando muy fuertes posiciones con su infantería y artillería.

III

Pasadas las once de la mañana, y en marcha el ejército en tres columnas, el coronel Mena pidió al general Saravia le permitiera iniciar la pelea, á lo que el jefe superior accedió; recibiendo entonces dicho coronel las instrucciones necesarias para empeñarla al frente de su división, que era la segunda, contra el ala izquierda enemiga; y el grueso revolucionario se ordenó en batalla, conforme al plan acordado por Saravia y su experto jefe de estado mayor.

El ejército gubernista había sido descubierto por nuestras avanzadas exploradoras cuyos jefes dieron cuenta en esos momentos, de que no era solo la vanguardia enemiga la que había pasado el Yaguarí, sino todo el grueso del ejército al mando del general Villar.

Nuestros lentes confirmaron bien pronto este aviso; pues apenas disipada la niebla otoñal, muy frecuente por el mes de Mayo en aquellas asperezas, se distinguieron con toda claridad á más de siete kilómetros los colores vivos de los ponchos y uniformes de una columna de las tres

armas que escalaba una loma y se ocultaba luego en la ladera opuesta, en la creencia de que su avance sigiloso pasaría inapercibido á los *capitanes de barbijo*.

A éstos, y á sus decididos voluntarios, no preocupó nada el saber que pasaban de cuatro mil fusiles, en su mayor parte de repetición, apoyados por seis piezas de artillería, los que tenían que contrarrestar con solo mil cuarenta y tres de diversos sistemas, siendo los remington en número de nueve cientos, y sesenta y cinco mil cartuchos.

Había con qué responder decorosamente al envite del adversario.

La costumbre establecida por Saravia y Lamas para la pelea, era no tener en consideración el número, sino la de aumentar la resistencia en proporción á la superioridad enemiga, de manera que, contestándose á razón de un disparo cada cinco disparos de la línea contraria, el primero diese en el blanco, en tanto los otros se perdían en el vacío; lo que se conseguía con frecuencia en buen orden abierto, aprovechando el tirador todos los detalles favorables del terreno para resguardarse en lo posible de un ojeo certero, y rompiendo el fuego á distancia calculada, á punto de que el proyectil hiciera estragos aún repasando las líneas.

En el momento de la acción, la disposición de nuestras reducidas fuerzas era la siguiente: á la izquierda, la primera división al mando del comandante Rivas; la tercera al del bizarro coronel Berro; la cuarta al del valeroso comandante Juan José Muñoz; la quinta al del imperturbable coronel Aldama; la sexta al del brioso coronel Alonso; la séptima al del abnegado coronel González; la octava al del decidido coronel Marín;

la novena al del patriota coronel Dfaz Olivera; y la décima al del valeroso coronel Jara.

En esta ála, no habfa propiamente infanterfa, descontados noventa hombres de esa arma, que el mayor Derquín habfa entregado al coronel Alonso en Aceguá á mediados de Abril.

Los demás, eran ginetes con fusiles, que echaban pié á tierra en donde se les ordenase, con una ligera instrucción sobre el combate en orden abierto; sin bayonetas; con un morral de lienzo por cartuchera; sin vestuario; sin guiones; casi desnudos; con más pelos de oso que vello de hombres; casi descalzos; mal montados; peor provistos de jaeces; alimentados á medias; pero concientes y viriles, llevando cada uno en su frente el sello luminoso de las causas que no mueren!

A nuestra derecha, en donde se inició el fuego con vigor, se hallaba la segunda división, compuesta de las dos armas, cuyo número no alcanzaba á doscientos cuarenta soldados. El coronel Mena, que la mandaba, tenía delante las fuerzas combinadas de los coroneles Escobar, Foglia Pérez y Artigas, que constituían talvez el cuádruple de la suya.

Oportunamente fué reforzado por la división del coronel González, y luego por la del coronel Jara, quien recibió orden del estado mayor de proteger fuerzas de la quinta en el mismo flanco, y efectuar el movimiento envolvente.

El coronel Mena se mantuvo firme en el extremo derecho, sobre puntas de Molles, hasta las tres de la tarde, hora en que se retiró del campo, sustentando entonces la posición la tropa de refuerzo.

El centro fué formado por la escolta del comandante en jefe, la del jefe de estado mayor, los ayudantes y asistentes de uno y otro, los del

jefe del detall y los del secretario general del ejército: un total de cincuenta y cinco hombres, parte con armas largas de fuego, algunos con carabinas, el resto con lanza y sable.

Frente á esta, que ni remedo era de unidad táctica, á pesar de contarse en ella los jefes superiores, estaba el batallón primero de cazadores y una batería de artillería; ó sea, próximamente cuatrocientos hombres de línea.

El coronel Alonso, llamado á oír órdenes, recibió del jefe de estado mayor la de no responder el fuego enemigo sino á doscientos metros. Fué la consigna general. Era necesario aprovechar la munición, y no usarla, aunque lloviesen millares de proyectiles, hasta que llegase el instante solemne de abreviar distancias y hacer tiros seguros.

Solo en alguna zona del fuego la consigna pudo cumplirse, pues el ejército contrario lo rompió á ochocientos metros, en tanto efectuaba de un modo lento su avance, prevaliéndose de las sinuosidades del terreno, á términos de que el revolucionario hizo recién general la acción, pasadas dos largas horas de iniciada ésta en la línea enemiga.

Cuando el centro revolucionario contestó, las hileras gubernistas se encontraban á quinientos metros; el combate había empezado á las once y media, y eran ya las dos y media de la tarde.

La fusilería y el cañón habfan tronado sobre la pequeña eminencia que ocupaba nuestro centro, con fuegos cruzados, alcanzando el plomo mortífero á algunos de los valientes que aguardaban rodilla en tierra la hora de entrar en pelea; y, notando al fin, que al mauser de nuevo modelo gustaba tirar de lejos, y asomar su boca entre las breñas y las toscas, nuestros contados fusileros,

agotada la paciencia, tendiéronse en guerrilla descargando sus armas con un brío y una tenacidad llevadas al denuedo.

IV

Poco antes de hacerse general el combate, y cuando dicho centro sufría un terrible fuego, fuerzas de la quinta división que venfan á ocupar posiciones en la línea, á nuestra izquierda, lo rompieron á su vez por error sobre la eminencia; de manera que la pequeña tropa que la defendía vióse entre dos peligros, sin haber hecho uso todavía de sus armas.

Hallábase allí, en aquellos momentos, el comandante en jefe, acompañando al estado mayor, y acordando con el jefe de éste resoluciones de importancia sobre maniobras á realizarse en el ala derecha; y como las voces que de la eminencia se alzaron no llegasen en el primer instante al escuadrón que nos hostilizaba, confundido por la humareda y lo quebrado del terreno, el porta de la escolta levantó bien en alto varias veces la bandera, creyendo por este medio facilitar el reconocimiento y prevenir desastrosas consecuencias. El porta era el alentoso joven Luis Ponce de León.

Fuese ó no por esta causa, la equivocación cesó pronto, y la fuerza suspendió sus descargas, pasando á desplegar al flanco.

Acaso este episodio, haya dado lugar á la versión infundada de que el coronel Lamas trasmítia sus órdenes por señales de bandera.

No es así, como se vé. El jefe de estado mayor del ejército revolucionario las trasmítia personal-

mente á los jefes de división, que hacfa comparecer á su presencia, ó por medio de sus resueltos ayudantes. Cuando éstos empezaron á escasearle, por encontrarse heridos ó en comisión, empleó á los jefes Lidoro Pereira y Varela Gómez en diligencias delicadas; y al mismo que tiene el honor de dirigiros ahora la palabra, ya casi al final de la acción, cuando el estóico soldado sangraba por cuatro heridas, para confiarle una advertencia de apremio al comandante en jefe, cual era la de que convenfa replegar de inmediato el ala derecha sobre la izquierda, á fin de favorecer la retirada del centro, que habfa ya agotado su munición.

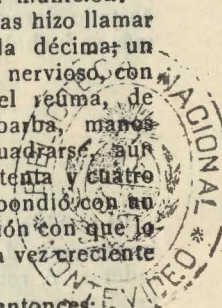
Pasadas las dos de la tarde, Lamas hizo llamar al coronel Fortunato Jara, jefe de la décima, un criollo viejecito, pequeño, menudo, nervioso, con las piernas casi envaradas por el reúma, de ojillos negros y vivaces, poca barba, manos callosas, lleno de talante para cuadrarse aun erguido y bizarro apesar de sus setenta y cuatro inviernos; el que, al desmontar, respondió con un viva á la tierra querida! la aclamación con que lo saludó la tropa entre el silbido cada vez creciente de las balas.

El jefe de estado mayor nos dijo entonces:

“Dúeleme tener que dar órdenes á este veterano!”

Jara las recibió. Según ellas, debía proteger á Mena, y flanquear al enemigo por la izquierda, hasta producir el aglomeramiento y la confusión sobre su centro. Era parte importante del plan.

Una hora después, Gabino Coronel, ayudante de Jara, trajo la nueva de que la segunda división se habfa retirado del campo; y que su digno jefe, en momentos que se aprestaba al flanqueo ordenado, habfa sido muerto por una bala á la cabeza de la columna dispuesta para la carga.



Saravia y Lamas oyeron en silencio las sóbrias palabras del ayudante. Este se volvió en el acto á su puesto, en donde á los pocos minutos corrió la misma suerte que su jefe, rindiendo la vida, cuando recién lanzaba un reto á los grandes peligros, su brava y ardiente juventud.

Saravia, que estaba sentado en una piedra, sereno é impasible como su jefe de estado mayor, se puso de pié, y pidió su caballo. Siempre callado, devolvió el mate á mi asistente, que se lo servía, y sin la menor emoción ante el granizo de proyectiles que levantaban pastos y areniscas en derredor, saltó ágil en su moro y se dirigió al costado derecho, al sitio desamparado, en que más se luchaba y se moría.

V

El turbión de plomo y de granadas seguía en incremento. Las últimas solían reventar en las laderas, ó rebotaban en suelo blando sin que estallasen sus espoletas, ni ocasionasen el menor daño.

El afán del enemigo era visible en dirigir fuegos convergentes hácia la meseta, combinando los de fusilería con los de cañón; pero sin mayor éxito los primeros, y con un resultado en absoluto negativo los segundos. Las piezas parecían defectuosas; y los que con ellas maniobraban, con muy poco conocimiento práctico del arma y de la balística. Los mismos proyectiles pasaban con una especie de risa gruñona, como disparados al azar, sin rumbo, ó muy bajos ó muy apartados, poblando los aires de rumores; al extremo de que,

con ser numerosos los que salieron del ánima con manifiesta intención de exterminio, solo uno destrozó un caballo y derribó al jinete en la línea de reserva.

En cambio, los de infantería, sin aprovecharse conforme á reglas y disciplina, del tiro, en razón de su multiplicidad por virtud del arma, hicieron algunos blancos de preferencia: en el centro revolucionario cayeron varios valientes para no levantarse más: Díaz Olivera, Marín, Varela Gómez, Lidoro Pereira y otros que los desafiaban con serenidad, quedaron ilesos: Abel Sierra, comandante de la escolta de Saravia, recibió uno en el vientre: Sergio Muñoz, otro que le aravesó el cuello por la parte de la nuca, sin interesarle ni las arterias ni la médula: Martínez, ayudante de estado mayor, otro de ras en el parietal, donde dejó hondo surco: Reyes, uno en el cráneo, que lo tendió exánime en el ribazo de la cañada, cuando se disponía á tomar agua con la palma de la mano, y casi á la hora misma en que en el ala izquierda Servando Delgado, uno de los más animosos jóvenes de su generación, recibía una bala mortal en el pecho: — Lamas, fué el último de los agraciados por el mauser adversario, cuyo plomo le infirió cuatro heridas penetrándole por debajo del omóplato y saliéndole por delante en el torax, para perforar en seguida el músculo biceps de parte á parte.

El jefe de estado mayor habíase colocado de pié en la eminencia para observar la línea enemiga, y luego vuéltose de espaldas á ella para alentar á los suyos que empezaban á vacilar acosados por un fuego mortífero incesante de largas horas, y alzaba un latiguillo con ademan friamente estóico, cuando el proyectil le atravesó el cuerpo.

Manando sangre su pecho, y á chorros la boca

manga, Lamas bajó paso á paso la pequeña eminencia, se quitó impávido su kepi de funda blanca, y gritó enérgico: viva la patria!

Allí mismo, bajo la tempestad de plomo que se desencadenaba sobre todas las cabezas, y que de minuto en minuto iba en aumento, arreciando sobre nuestro centro é izquierda, se restañaron las heridas de los buenos y leales combatientes.

La munición se agotaba.

De la derecha venían siniestros clamores; y se distinguían tumultos en las faldas de las lomas, en medio de un fuego á discreción interminable y de notas lejanas de clarín. En esa zona estaban Saravia y Gonzalez, secundados por Saavedra y Barros. Cerca de dos horas hacía que la segunda división había abandonado el campo; y el ala derecha, así mermada y sin cartuchos, se debatía en un postrer esfuerzo.

Al igual de Jara, cuyo cuerpo alzaron sus soldados, habían sucumbido algunos nobles compañeros. Como su jefe, el abnegado capitán Arostegui cayó junto al ribazo de la cañada funesta.— También el esforzado Robustiano Galván. Velez, con el pié destrozado por una bala, guardaba aún su puesto con un grupo de infantería. Santiago Núñez, yacía junto á unas piedras, con el corazón partido Gonzalez, con su caballo muerto, observaba con un lente de teatro, al frente de su tropa, los movimientos del centro enemigo que aglomeraba mayores elementos sobre el nuestro para decidir la acción. Algo á su retaguardia, entre las humazas de la pólvora, grupos de heridos se alejaban á pié lentamente, vivando á la revolución.

Tal fué el cuadro que yo y mis compañeros contemplamos, cuando el jefe de estado mayor, ya

herido, me encomendó la misión de que he hablado antes, para el general Saravia.

Sin perder Lamas en lo mínimo su calma, ni preocuparse de la cura, hablame pedido que advirtiera al comandante en jefe, á la sazón en aquel flanco, de la necesidad premiosa de replegar las fuerzas de la derecha sobre las de la izquierda, para facilitar un movimiento retrógrado del centro hácia una loma vecina, allende la cañada.

VI

Cuando llegué á las posiciones de la derecha, caía ya el sol, y seguía ruda la pelea.

De varias partes se iba en reclamo de munición. Imposible improvisarla! Así mismo, los fusileros y tiradores de Jara y Gonzalez permanecían firmes é inmóviles en el bajo; Saravia, anticipándose al deseo de su jefe de estado mayor y excediéndose á las exigencias del momento, había atacado el ala contraria por nuestra extrema derecha, arrollando con ímpetu sus guerrillas, y preparado la retirada de nuestras tropas después de seis horas de batalla.

Esa retirada se efectuó sin mayores tropiezos, interponiéndose el general Saravia, con las divisiones tercera, cuarta y sexta, respectivamente bajo las órdenes de Juan J. Muñoz, Bernardo G. Berro y Celestino Alonso.

Este último jefe era secundado con eficacia en su brava resistencia por el veterano coronel Enrique Olivera, el abnegado coronel Celestino Corbo, los comandantes Juan Cabris, Mariano Saravia y Tiburcio Barrera, y los sargentos mayores Aurelio Magariños y Miguel A. Pereira.

La interposición se efectuó en momentos en que el enemigo lanzaba sus reservas sobre nuestro grueso, que marchaba en columna con el convoy de heridos. La infantería de Alonso peleó con gran intrepidez. Un récio fuego de guerrilla bastó para contener el avance; y los revolucionarios hicieron alto detrás de las lomas, junto á un cañadón. Allí se practicaron las primeras curas por los abnegados médicos Vidal y Fuentes y Ceberio, auxiliados de una manera plausible por el celoso practicante Luis Chousiño, tan brioso soldado como aquellos, antes de ponerse al oficio humanitario de aliviar los estragos de la pelea.

Proseguida la marcha lenta con el convoy, rumbo al paso del Hospital, el comandante en jefe ordenó acampar y encender fogones, á dos mil doscientos metros más ó menos del punto inicial del combate.

Así se hizo, como si aquel día no hubiese sido de terrible faena, y el enemigo no se encontrase á un paso de nuestras fuerzas, exhaustas de munición, sin cabalgaduras disponibles y sobrecargadas con el tren de heridos.

En una casa de comercio que en la cuchilla había, se construyó un féretro y se veló el cadáver de Fortunato Jara, el viejo y bravo compañero, uno de los últimos ejemplares de las luchas legendarias por la libertad y el orden; y quien, al ser herido en el tronco y de frente, alargó el brazo hácia la bandera cual si hubiese querido caer envuelto con ella, en sus ánsias postrimeras.

Después de un largo descanso, reinicióse la marcha al paso; se vadeó el Hospital; se ordenó echar pié á tierra, y se durmió tranquilamente hasta romper la alborada.

Fué la del 15 de Mayo, siguiente á la de la

acción, una aurora de desecha borrasca. Los fogones del enemigo, que teníamos á nuestro flanco izquierdo, y que como antorchas de fulgor siniestro nos señalaban el camino por donde debíamos salir de nuevo á su encuentro, oscilaron y desaparecieron. El agua que caía á raudales sacudida por el viento, apagó aquellas como luces funerarias, y borró las manchas de sangre en el terreno.

Se anduvo á la claridad de los relámpagos por campos inundados. Mandóse hacer alto á las columnas. Un rayo cayó entre filas de la décima división, y mató un caballo, dejando ileso al ginete: el mismo estrago que causaron las baterías Krupp enemigas en todo el día anterior, apesar de sus ciento noventa disparos á bala rasa y granada.

No había avanzado mucho la mañana, cuando se recomenzó aquella marcha casi increíble con carros llenos de heridos y caballerías extenuadas al extremo, á través de bañados pantanosos y cauces engrosados por enormes crecientes; y siempre bajo la lluvia, el ejército revolucionario reducido á mil trescientos hombres, efectuó su evolución por el camino de la línea, y acampó á escasa distancia del enemigo y de las puntas de Guaviyú, que era su salida hácia Rivera, y que guardaba la vanguardia gubernista apoyada por el grueso de Villar.

El combate de Arroyo Blanco no había tenido otro objeto que pasar á toda costa, según el plan superior, deslizándonos entre el enemigo y la frontera para llegar á la fuente de nuestros recursos, que estaba á retaguardia de las posiciones que nuestras fuerzas habían ocupado, y encaminar éstas al Uruguay para recibir las prometidas expediciones de Buenos Aires y proteger su desembarco. Sobre este último punto, hubo á los tres ó cuatro días de los sucesos que narro, un cambio de

telegramas en Rivera, entre el comandante en jefe y la junta de guerra.

Al llegar á la zona peligrosa que tenía Guaviyú al frente y el Brasil á la derecha, nuestras diezmas divisiones tenían que apurar una acción eficiente, abriéndose paso por aquel sitio, dominado por un enemigo tres veces superior; pero, como el convoy de heridos perjudicaría la maniobra sobre un terreno inundado, el comandante en jefe confióme la misión de pasarlos al país limítrofe, y de colocarlos del modo más conveniente, debiendo por mi parte reincorporarme en Cuñapirú ó en Rivera, una vez llenado el delicado cometido.

Esta comisión me fué dada personalmente por el general Saravia, en un pobre puesto de estancia, bajo cuyas enramadas yo habia guarecido algunas docenas de heridos, y en circunstancias en que acababa de colocar á Lamas en un duro lecho, con ayuda y asistencia del doctor Vidal y Fuentes, encontrándose dicho pundonoroso jefe postrado por la fatiga y la pérdida de sangre.

Cuando Saravia entró á la habitación, Lamas dormía. En el rostro del esforzado caudillo, leímos los que allí estábamos, claramente, que se trataba de algo solemne.

Y así era, en efecto.

El comandante en jefe dijo á su jefe de estado mayor que, si aún se sentía con alientos, apesar de sus heridas, interesaba á la causa que lo acompañara en un supremo esfuerzo; pues, no habiendo otra salida que la del paso de Guaviyú al ejército, ántes que pasar á territorio brasileño, prefería cargar al enemigo á lanza y cuchillo.

Lamas se arrojó de su lecho con gran entereza, respondiendo sin trepidación alguna:

« Estoy pronto, general. »

Entonces éste se dirigió al que os habla, para

encargarle la traslación del convoy á suelo neutral, arbitrando para ello todo género de recursos extraordinarios.

Le observamos que se carecía de todo lo más indispensable en aquellas horas de cruel inclemencia, para obra semejante: no había caballos, ni ambulancias, ni carretas, ni medicamentos, ni vendas é hilas. Los facultativos mismos no tenían ni con qué abrigarse. Vidal y Fuentes y Ceberio vestían blusas de verano. Los practicantes no poseían ni un frasco de bicloruro. Algunos heridos no podrían andar veinte pasos, siu sucumbir en el desamparo.

« Eso es lo de menos,—me replicó Saravia con acento tranquilo y firme. Allane usted todo como pueda. »

Y volcó en la mano su cinto, sacudiéndolo varias veces, para que no quedase en él ni una moneda.

Salieron con gran trabajo tres argentinos, uno tras otro, y entregándomelos muy seriamente, agregó:

« Con esto se remediará. Yo pagaré las reses que se necesiten para el consumo. »

« Bien,—respondí.—Tentaré el milagro. »

Justo es decir aquí que me resistí de todos modos á aceptar la comisión que se me confiaba, y que manifesté al comandante en jefe mi deseo de no abandonarlo en tan grave contingencia, y de correr la suerte de mis compañeros de armas; pero, me ví obligado á ceder, tras breve debate, ante las razones persuasivas de Saravia, quien concluyó diciendo:

« Se lo pido en obsequio á nuestros valientes heridos, pues no sé lo que será de nosotros. »

Lamas suplicó que le pusieran y abrochasen la casaquilla de sargento mayor con presillas, que

usaba, y que le ayudasen á montar su caballo blanco, pues llevaba el brazo derecho en cabestrillo. Fué complacido, no obstante las advertencias del doctor Vidal y Fuentes, presente al acto, y quien, con ojo de cirujano, seguía todos los fenómenos nerviosos de su enfermo.

Saravia, siempre risueño y tranquilo, montó en su moro, que tenía el hocico atravesado de un balazo; y paso á paso se dirigió con Lamas al campamento: él para preparar su proeza, y el otro, para reincorporarse á la columna del centro, bajo las crudas inclemencias del tiempo, y asistir al segundo acto del drama que había tenido su principio en Arroyo Blanco.

VII

Nuestros heridos alcanzaban á ciento veinte y cinco; pero de ellos nueve habían seguido con la segunda división; otros tantos quedaron en una casa de la línea divisoria, por falta de vehículos apropiados; veinte, fueron acogidos con resaltante nobleza y humanidad en su casa situada en el Brasil, por un joven Pachiarotti, colorado de opinión, y fiscal de derechos fronterizos; seis, recibieron hospitalidad en el humilde hogar de un señor Diana, hacendado brasileño, cuya ejemplar conducta merece recuerdo; y setenta y ocho, de que me hice cargo, hallaron techo en el establecimiento del doctor don Tertuliano Machado, habilitándose al efecto hasta el último galpón.

Este digno brasileño se encontraba allí, cuando llegué con mi preciosa carga al caer la noche de aquel día de tormenta; y él fué bueno, señores, lo

bastante para que todos nosotros lo consideremos siempre con el mayor cariño y respeto.

Estas cosas no parecen magnas en la hora de la desgracia, cuando el espíritu de los que luchan está supeditado por el rigor de los severos dolores patrióticos, y solo se agita para atender al lamento del amigo mutilado ó dar sepultura á los muertos; pero, á medida que pasa el tiempo, el corazón se conmueve ante las memorias generosas, y agradece, en nombre de la comunión del ideal que hace hermanos á todos los hombres!

Una hora habría transcurrido, desde aquella en que traspuse la línea divisoria con el convoy, cuando desplegando sus escuadrones á raíz de un vivo tiroteo, Saravia cargaba la vanguardia enemiga en Guaviyú; la desalojaba de sus posiciones, con increíble osadía; y la hubiese compelido á refugiarse en suelo neutral á no ser la premura que ella se dió para echarse sobre el mismo grueso de su ejército, apartado del punto algunos miles de metros.

Saravia llevó su impetuoso ataque para abrir paso á las fuerzas del centro, con los tiradores y lanceros de la primera división y de la tercera al mando de Berro, formando un total de ciento ochenta hombres, de los cuales solo sesenta eran tiradores, á cuatro cartuchos por soldado.

Forzada en esta forma la salida por Guaviyú, sin pérdida alguna, y levantada la moral de nuestros escasos voluntarios, que llevaban ya sin relevo ni descanso dos meses largos de incansante lucha, aquellos restos gloriosos desfilaron delante del enemigo impotente, en dirección á Rivera.

Y aquí llega el tercer acto de esta contienda desigual, no menos admirable que los anteriores, por su carácter de temeridad y sus efectos inauditos.

Pero, únicamente prometí hablarlos, por hoy, de Arroyo Blanco; es decir, de una pelea casi fantástica de mil cuarenta y tres armas de fuego sin bayonetas, y sesenta y cinco mil cartuchos, en su casi totalidad modelo remington, contra cuatro mil de mejor sistema y abundante munición, y seis piezas de artillería; durante seis horas; retirándose á dos mil doscientos metros el ejército revolucionario, con todos sus heridos, y hasta con algunos de sus muertos venerables, para descansar de la faena cruenta, sin ser hostilizado.

Otro día os hablaré de hazañas no menos memorables.

Sin embargo, no creería yo bien terminada la tarea que me he impuesto, si no añadiera á estos recuerdos algunas palabras justicieras sobre las dos personalidades resaltantes del drama militar.

VIII

Lamas no es caudillo: es un buen soldado de escuela. En el medium en que ha actuado, con facultades brillantes, no ha podido ni debido imponer las reglas de una severa organización, ni de una inflexible disciplina, sin debilitar el impulso inicial revolucionario, y quebrar su fibra, cuando todo tenia que librarse al entusiasmo cívico y al valor impulsivo.

Sin preparación especial para el conocimiento del terreno, en lo práctico, halló en el general improvisado de la revolución un guía maestro, á la vez que un perito consumado en la guerra de recursos. Las tropas no eran de la calidad de las que se subordinan al mandato imperioso, y se

conservan rígidas como las que llevan collarín militar; sino milicias simples, con mucho ánimo y poco saber, que solo ceden de su altanería ante el prestigio personal que arrastra, que tolera y que perdona.

Lamas, inteligente y sagáz, procuró siempre conciliar con el medium sus aptitudes y sus iniciativas, restringiendo en esas aptitudes el vuelo que no correspondía darles y limitándolas dentro de un plan meditado, proporcionalmente á los medios puestos en acción.

En cambio de esa, como abdicación suya, en materia técnica, se prodigó en valor é intrepidez; comprendiendo que estas condiciones nobles del soldado ganan en simpatías y en respeto, lo que pierden las científicas, impuestas á ejércitos que se forman por razón de instintos conflagrados.

Lamas, pues, es un hombre de guerra, capaz de alcanzar la victoria con buenos soldados, porque reúne calidades poco comunes en su profesión. Su misma rigidéz de carácter, su ceño adusto, su tenacidad en el cumplimiento de la consigna, su concisión lapidaria en la orden, su rigor para corregir y reprender, se toleraban en la milicia voluntaria, en obsequio á su denuedo y á su decisión patriótica.

Un aplauso unánime, señores, para el bravo jefe de estado mayor del ejército revolucionario!

Aparicio Saravia, el noble paisano que compartió sus glorias, se sentiría complacido en este instante por este acto de justicia; porque es sincero y modesto, cuanto es de esforzado y heroico.

En cruentos combates, se prodigó sin reservas á la lealtad y al deber. Nadie puede enrostrarle una traición, ni una perfidia. Nadie ha puesto

en duda su fé en las causas que abrazó con fervor, y defendió con vigorosa energía.

Su patria, le ha visto figurar en primera línea en las dos tentativas nobles de devolverle el imperio de las instituciones libres, al combatir el sistema de los gobiernos personales que las desconocían y vilipendiaban; y en cumplimiento de sus deberes de hombre de acción, puede decirse que en muy opuestas y apartadas zonas dejó huellas de su bravura sin una mancha de crueldad que empañase la justa fama de su nombre.

Es un caudillo, como otros, formado en el ambiente de las soledades y á la sombra de los bosques; pero que tiene alteza en la mente, pureza en el móvil, brío en la pasión, y mucho aire de altivez, al igual del árbol indígena que crece solitario y no recibe otro riego que el del agua del cielo, y aparece siempre el mismo en las horas de tempestad imponente como en los días de luz radiante.

Y yo digo esto, porque le he visto al iniciarse los sangrientos conflictos mezclar su voz robusta al bronco son de las trompetas, y dominar con ella el tumulto, como un grito heido en nombre del honor propio y de los suyos; en nombre del derecho popular que fió á su coraje el desagravio de profundas ofensas; en nombre del credo que le tuvo firme y fiel al pié de su bandera, sin desmayar un solo instante en sus convicciones, fuese cual fuere la magnitud del desastre ó el rigor del infortunio.

Es un temperamento de campesino lleno de crudezas dentro de una armadura de bronce.

Mucho de lo agreste de nuestras serranías rebosa en sus alientos: lo tostado de su rostro, denuncia la caricia récia y constante del pampero: en

sus ojos expresivos y bien abiertos, de un mirar fijo y penetrante, escápase á raudales la entereza nativa: gran ginete, domina en él el nervio más que el músculo: vé á lo lejos en las campañas dilatadas y brumosas, lo que otros con buena pupila solo vén con el lente: duerme al andar de su caballo entre las sombras de la noche, y se despierta ante el obstáculo para vencerlo incontinenti: lee una carta á la luz de la luna, por embrollada que sea, y pone con claridad su firma sobre la culata de un fusil: es activo y osado, á la par que sencillo, rico en entusiasmos guerreros, resuelto en la iniciativa, obstinado en la pelea, al punto de ser comparables sus arranques á los saltos del león sobre el peligro.

Cuando el plomo ha silbado mil veces con espantoso himno de muerte en sus oídos, nunca estuvo más tranquilo, en medio de la misma temeridad de su esfuerzo.

Ha surgido este caudillo en los combates entero y marcial, arrollándolo todo bajo su ímpetu pujante; y aún abrumado por el número, su coraje le ha presentado siempre alto, varonil, vencedor, excediéndose á sí propio con energías no esperadas, ni superables, después de largas horas de batalla, para reiniciarla con igual empuje con sus últimos cartuchos y sus últimos hombres de pelea, y abrir de nuevo ancho camino á la idea revolucionaria que parecía haber sido ahogada en una charca de sangre!



Aceredo Diaz, Eduardo,
1851 - 1920.
(mng.)

